

UNA POLITICA EXTERIOR PARA UNA REGION EN CAMBIO*

Carlos Figueroa Serrano

Primeramente se refiere a la posición de América Latina en el sistema internacional. En este nuevo contexto caracterizado por la inestabilidad, el autor sostiene que contrariamente la región ha experimentado significativos progresos económicos y políticos. Sin descuidar las otras prioridades de su quehacer internacional, no cabe duda que América latina es el ámbito natural de Chile y donde debe situar sus vínculos. De esta forma, se menciona el estado de las relaciones con los países del área, los temas más relevantes de la agenda y los principios que la rigen: la protección internacional de los derechos humanos, la defensa y promoción de la democracia, la seguridad regional, el regionalismo abierto, etc. En todo lo anterior, los medios académicos tienen una gran responsabilidad y deben contribuir al mejoramiento del conocimiento de la realidad regional y mundial.

América Latina es parte integral de un mundo cada vez más globalizado e integrado. Un mundo en que el viejo orden está siendo reemplazado por una realidad diferente, caracterizada por una considerable dispersión del poder político y una creciente competencia económica. Un mundo que deja atrás antiguas querellas, pero que contempla a veces atónito una sucesión creciente de conflictos étnicos, religiosos y nacionalistas que muchos considerábamos superados por la historia. Una cantidad preocupantemente elevada de enfrentamientos armados provocan tensiones que desbordan las fronteras de los países y que constituyen desafíos para una comunidad internacional escasamente preparada para enfrentarlos. Las Naciones Unidas mantienen 17 misiones de paz en el mundo. En los últimos cuatro años se han enviado más misiones que durante los cuarenta años que duró la Guerra Fría. Algunas operaciones de paz han arrojado resultados muy positivos, como sucedió en Cambodia, donde Chile estuvo presente. Sin embargo, la comunidad internacional ha observado con

* Conferencia dictada por el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Sr. Carlos Figueroa Serrano, en el curso "América Latina sin fronteras", organizado por el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, Santiago, 27 de mayo de 1994.

impotencia los terribles genocidios perpetrados en Ruanda y en Bosnia.

Vivimos en una época en que se están derrumbando las fronteras económicas. Los procesos productivos se hacen globales y las empresas se internacionalizan. Los espacios económicos se están redefiniendo. Surgen nuevas unidades y alianzas comerciales, dotadas de distintos grados de cohesión. Cambios mínimos en las tasas de interés fijadas en Washington, Frankfurt o Tokio tienen efectos inmediatos en todo el mundo, incluyendo Chile. Las repercusiones financieras causadas por el lamentable asesinato del candidato presidencial del PRI en México, Licenciado Luis Donald Colosio, tuvieron un impacto mayor en la Bolsa de Santiago que un problema de carácter interno que se produjo en la misma época. Las viejas utopías autárquicas, sean nacionales o incluso regionales, están siendo superadas por las realidades de la interdependencia. La internacionalización de las economías y la ampliación de los mercados ponen en cuestión las nociones tradicionales sobre la soberanía económica de las naciones y se transforman en un requisito para su desarrollo.

Por cierto, la globalización también genera resistencias y reacciones. La apertura de las fronteras económicas perjudica a determinados sectores que han perdido competitividad, tanto en los países en desarrollo como en los más desarrollados. Surgen así reacciones proteccionistas, que se traducen en barreras no arancelarias y, durante los últimos tiempos, en exigencias sociales o medioambientales que resultan muy loables, pero que frenan el comercio mundial y, paradójicamente, reducen las posibilidades de desarrollo de los países.

La agenda internacional se está ampliando con nuevos temas. La protección de los derechos humanos ha dejado de ser un tema reservado exclusivamente a la soberanía de los países y se ha transformado en una preocupación universal, que ningún gobierno puede ignorar. La protección del medio ambiente tiene una indudable dimensión internacional, en la medida en que temas tan vitales para nuestro futuro como el cambio climático, la contaminación y sobreexplotación de los mares, el deterioro de la capa de ozono o el avance de la desertificación, requieren de un tratamiento global. Se están adoptando nuevos regímenes internacionales en áreas tan sensibles como la regulación y proscripción de armas de destrucción masiva. La lucha contra el narcotráfico sólo puede ser verdaderamente eficaz cuando se da en un marco de fuerte cooperación regional y mundial. El combate a la pobreza y la promoción del desarrollo social tienen

una clara dimensión internacional. Los desequilibrios sociales no sólo amenazan la estabilidad interna de los países, sino que representan un peligro para la seguridad internacional.

América Latina en el nuevo sistema internacional.

Contrariamente a lo que postularon los enfoques pesimistas que se popularizaron durante la década pasada, América Latina no ha quedado al margen de los profundos cambios que ha experimentado el sistema internacional.

En nuestra región, el fin de la Guerra Fría coincidió con un período de profundos cambios internos marcados por el avance de la democracia y la apertura de las economías. El cambio político surgió en forma simultánea con la reforma económica. América Latina ha emergido nuevamente como una de las áreas de mayor dinamismo económico en el mundo, como una tierra de promesas y oportunidades. La región logró superar las fases más críticas de la crisis de la deuda externa, pese a los pronósticos negativos que se generalizaron durante la década pasada. En la mayoría de los países se reconvierten las economías, retornan las inversiones extranjeras, se normalizan las corrientes financieras y mejoran las condiciones macroeconómicas. América Latina empieza a recuperar las tasas de crecimiento que registró antes de la década de 1980, que hicieron de ella una de las regiones más dinámicas del mundo, fenómeno que muchas veces se olvida debido a una cierta tendencia al catastrofismo en el análisis de las realidades latinoamericanas.

A largo plazo, las perspectivas económicas de América Latina parecen buenas. La región dispone de un conjunto muy favorable de recursos naturales, que incluye a un sector agrícola dotado de fuertes ventajas comparativas —anuladas temporalmente por el proteccionismo agrícola de Europa y otras áreas—, un sector minero diversificado y considerables reservas energéticas. Esta dotación se complementa con un sector industrial importante y vigoroso, que puede seguir insertándose en una economía global cada vez más interdependiente, basada en la especialización geográfica y en la existencia de procesos productivos transnacionales. La región posee igualmente cuadros técnicos y gerenciales de buen nivel, si bien concentrados en los países de mayor desarrollo relativo, acostumbrados a operar con flexibilidad en medios cambiantes y, en no pocas ocasiones, adversos.

La existencia de mercados de trabajo más flexibles y menos segmentados puede contribuir también a una reinserción de la región en la economía internacional. Estas ventajas relativas, unidas a las facilidades para la conversión de deuda externa en acciones de empresas locales y a las altas rentabilidades de varios instrumentos financieros latinoamericanos, han facilitado un importante retorno de las inversiones extranjeras, tanto directas como indirectas. El peso de la deuda externa sigue constituyendo un problema serio para algunos países, pero la relación entre su servicio y los ingresos por las exportaciones se está haciendo más favorable. Todas estas tendencias dan pie para un optimismo cauteloso sobre el futuro económico de la región.

No se trata de reemplazar el tradicional pesimismo del análisis latinoamericano por un triunfalismo fuera de lugar. Sabemos que en la región subsisten importantes problemas sociales, políticos y económicos. Sin embargo, si los comparamos con los que sufrió durante los años ochenta o con los que sufren otras áreas del mundo, debemos reconocer que ha habido un progreso muy significativo y, por cierto, totalmente imprevisto hace tan sólo una década.

Parece obvio que Chile tiene un fuerte interés en la recuperación económica de América Latina. Nuestro futuro está indisolublemente ligado al de la región. Nos alientan los notables avances que está registrando muchas de las naciones que forman nuestro entorno natural. La apreciación de algunos de que el éxito de nuestros vecinos puede hacernos perder liderazgo, no sólo revela un espíritu mezquino, sino que una preocupante miopía y un escaso entendimiento de nuestro lugar en el mundo.

Se han desarrollado formas novedosas de cooperación económica entre los países de la región. Estas generan una mayor interdependencia mutua y nos pueden acercar más eficazmente a los ideales de unidad que los proyectos ambiciosos y los esquemas rígidos y formales de integración que se establecieron en décadas anteriores. Nuevas redes de carreteras, de vías fluviales y de conductos de petróleo y gas, están uniendo a Sudamérica como nunca antes. Durante los últimos años América Latina ha avanzado más en la integración real de sus economías, que durante los tres decenios anteriores. Una densa trama de más de quince acuerdos regionales, subregionales y bilaterales está logrando una liberalización creciente del comercio mutuo y una cooperación económica y política creciente. El cuadro de la integración regional y subregional es sin duda complejo y algo confuso, pero está entregando resultados concretos.

Varios países latinoamericanos desarrollan en la actualidad opciones múltiples de integración, que no son necesariamente excluyentes entre sí y que en ocasiones pueden complementarse.

Más allá de las opciones concretas que se elijan, en América Latina la integración es concebida ahora como un proceso que debe contribuir a mejorar la inserción de los países de la región en la economía mundial y a intensificar sus vínculos comerciales, financieros y de inversiones con los grandes centros internacionales. Las concepciones defensivas, dirigistas y autárquicas que caracterizaron a algunos de los primeros modelos de integración de la región pertenecen al pasado. El estímulo a la competitividad y la liberalización comercial, no sólo entre los países miembros sino que también respecto de terceros países, debe ocupar el lugar central en los esquemas que se adopten. La integración latinoamericana es considerada ahora como un proceso abierto, flexible, gradual y pragmático, que no consistirá en una progresión más o menos unilinear hacia un modelo predeterminado.

La cooperación económica ha sido complementada por la concertación política. En América Central se logró contener un conflicto regional que llegó a asumir dimensiones muy peligrosas para la estabilidad del área. En Sudamérica, los países más importantes han iniciado procesos de cooperación que permiten superar esquemas de relaciones marcados por la rivalidad y la desconfianza mutua. El Grupo de Río se ha transformado en el mecanismo de cooperación política regional más significativo que ha conocido América Latina en toda su historia. Resulta difícil concebir una instancia más amplia y representativa para la articulación de nuestros intereses comunes en la región. Así lo han entendido nuestros principales socios en el mundo, con los que nos reunimos periódicamente en foros de diálogo a los que asignamos cada vez mayor importancia.

América Latina no está contribuyendo a la inestabilidad que caracteriza al actual escenario internacional. Nuestra región no se ha visto afectada por las tensiones étnicas, religiosas o, si se quiere, "civilizacionales" que priman en otras áreas. Es cierto que subsisten focos de conflicto interno en el Caribe y que el narcotráfico y el terrorismo mantienen su presencia en varios países de la región, pero estas amenazas parecen más excepcionales y controlables que las que existen en otras áreas del mundo.

La misma reflexión es aplicable al campo político. Es cierto que en el Caribe se mantienen lamentables excepciones a la tendencia

hacia la democratización que caracteriza a América Latina, pero se trata de excepciones que confirman la regla. También es cierto que muchas democracias latinoamericanas siguen siendo frágiles, pero se observa un esfuerzo importante en favor de la estabilización política. El conflicto político sigue existiendo, pero se está haciendo menos polarizado y destructivo. En Brasil, Venezuela y Guatemala, las instituciones democráticas han mostrado una capacidad inédita de resistencia frente a crisis políticas muy profundas, que en otras épocas hubieran desembocado con toda probabilidad en involuciones autoritarias.

Es claro que subsisten importantes problemas de gobernabilidad en la región, pero cada vez es más evidente que ellos forman parte de una tendencia virtualmente universal, que afecta por igual a las viejas democracias europeas y a algunas de las sociedades más dinámicas de Asia. Las crecientes denuncias sobre la corrupción en América Latina no revelan la existencia de un problema nuevo en la región; por el contrario, en varios países recién ahora la natural indignación pública que provoca esta lacra encuentra canales para expresarse y hacerse políticamente significativa. Por lo demás, cada vez parece más evidente que también en este caso estamos frente a un problema de alcance universal.

Los logros económicos y políticos de América Latina son valorados crecientemente en el mundo entero. Menos conocido es el papel positivo que desempeña nuestra región en materia internacional. En un mundo convulsionado y, en muchos sentidos, incierto, América Latina se proyecta como una región que no está contribuyendo a las grandes incertidumbres internacionales. El gasto militar de la región se ha reducido significativamente. Hemos realizado avances muy significativos para la consolidación en América Latina de una zona libre de armas nucleares y de destrucción masiva, a la que se adhirió plenamente Chile el año pasado. Argentina y Brasil han adoptado una serie de medidas de confianza mutua y han puesto todas sus instalaciones nucleares bajo supervisión internacional y salvaguardias bilaterales todavía más estrictas. Las naciones latinoamericanas han desempeñado un papel activo en la aprobación de un nuevo régimen para la proscripción de las armas químicas. Una serie creciente de países de la región está participando en las misiones de paz de las Naciones Unidas.

No es exagerado afirmar que los países latinoamericanos se han situado entre los principales impulsores de la liberalización del co-

mercio mundial. Virtualmente en todas las economías de la región se han registrado procesos de apertura realmente históricos. En el plano multilateral, América Latina hizo un aporte muy constructivo a la culminación de la Ronda Uruguay que, si bien no colmó nuestras expectativas, debe ser vista como un avance importante en la liberalización del comercio mundial. Les puedo asegurar que este impulso latinoamericano se mantendrá en el futuro. No nos queda otro camino. La suerte de las economías de la región y las posibilidades de desarrollo de nuestros países están cada vez más ligadas al logro de un comercio internacional más libre e intenso.

Chile y América Latina.

Es en este contexto mundial y regional en que hay que situar nuestros vínculos con América Latina. Vínculos que, como lo anunció el Presidente de la República en su reciente Mensaje al Congreso Pleno, ocuparán un lugar prioritario en nuestra política exterior.

Una mirada al mapa y una revisión somera de nuestra historia bastan para recordarnos que, de acuerdo a criterios geográficos, históricos, culturales, políticos y económicos, América Latina es el ámbito prioritario y natural de la acción externa de Chile. Nuestras exportaciones a América Latina muestran un permanente crecimiento, desde el 13 por ciento al que ascendían hace seis años hasta el 21,6 por ciento que representaron el último trimestre. Ninguna otra región del mundo ha aumentado tan sustancialmente su participación en nuestro comercio exterior. La región constituye un mercado particularmente relevante para el desarrollo de la segunda fase del proceso exportador. Los productos industriales representan cerca del 30 por ciento de nuestros envíos a los países de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI). Nuestros empresarios están invirtiendo crecientemente en los mercados emergentes de la región.

Obviamente, las relaciones vecinales son también esenciales desde la perspectiva de la seguridad exterior. El desarrollo de nuevas formas de cooperación y de integración física y económica cumple una función política y de mejoramiento de las condiciones de seguridad del país.

El Gobierno del Presidente Frei Ruiz-Tagle se ha comprometido a impulsar, mediante criterios renovados, realistas y creativos,

transporte e intermediación entre dos de los mercados emergentes más importantes del mundo, como lo son América Latina y Asia, puede brindar a nuestro país grandes beneficios. De paso, también facilitará el tránsito de los bienes y servicios de Chile hacia esas dos regiones. Obviamente, Argentina ocupa un lugar prioritario en el cumplimiento de este objetivo. El Gobierno está haciendo una revisión muy cuidadosa de la calidad de las vías de comunicación que nos unen con ese país. Por cierto, esta revisión tiene en cuenta criterios mínimos de rentabilidad y reserva un papel crucial a la iniciativa privada. También es preciso evaluar la calidad y flexibilidad de los servicios comerciales, financieros y portuarios que podemos ofrecer para cumplir esta función de puente entre el Pacífico asiático y el Cono Sur de nuestra región. Hay que poner en vigencia medidas económicas y administrativas que agilicen el tránsito de personas y mercaderías por el territorio nacional. Dadas las reducidas dimensiones de nuestro mercado, nuestra proyección hacia el Pacífico sólo cobra sentido efectivo en la medida en que logremos ampliar nuestro propio espacio económico.

El acuerdo económico vigente con Bolivia, junto a otros instrumentos, ofrece un nuevo marco para las relaciones entre nuestros países, a tono con las tendencias hacia la cooperación y la superación de viejas disputas que se viven en América Latina y el mundo. Estamos plenamente dispuestos a seguir ampliando este marco para la cooperación económica. Deseamos construir profundos vínculos económicos, culturales y políticos que permitan generar una clima de confianza mutua y de colaboración entre nuestros países.

Nuestros vínculos con el Perú han experimentado avances significativos. En el pasado reciente, las relaciones económicas bilaterales se vieron limitadas por la profunda crisis que afectó al país vecino. Sin embargo, la alentadora recuperación económica que vive el Perú y el proceso de privatizaciones que se ha iniciado durante los últimos años, han generado nuevas oportunidades para los vínculos económicos bilaterales. El comercio entre los dos países ha crecido sostenidamente, alcanzando una cifra récord en 1993, que esperamos volver a superar este año. Perú también se ha convertido en un destino significativo de las inversiones chilenas en el extranjero. En vista de estas tendencias, estamos evaluando conjuntamente la negociación de nuevos instrumentos que faciliten el comercio y las inversiones mutuas.

Los vínculos tradicionales que hemos mantenido con Brasil, unidos a su peso económico y político en la región, hacen necesario desarrollar un esfuerzo especial para fortalecer las relaciones mutuas. No podemos perder de vista que se trata de una de las diez mayores economías del planeta y nuestro tercer socio comercial en el mundo. Estamos seguros de que una vez que se complete la recuperación de ese país, que ya en 1993 registró un repunte económico significativo, se volverán a dinamizar nuestras exportaciones hacia ese gran mercado. Previendo ese desarrollo, estamos decididos a buscar nuevas posibilidades de acercamiento con el Brasil tanto en el área económica como en la política. Es necesario encontrar un mecanismo estable y eficiente para la resolución de los problemas económico-comerciales entre los dos países, para potenciar la relación económica bilateral y para continuar nuestra cooperación tradicional en materia regional y global.

La reanudación de las relaciones diplomáticas con México en 1990, fue seguida por un desarrollo notable de los vínculos mutuos. A ello contribuyó el dinamismo que ha mostrado la economía mexicana, la existencia de importantes coincidencias de política exterior entre ambos países y las excelentes relaciones que se forjaron entre sus más altas autoridades. Es importante continuar desarrollando esta relación, considerando nuestro interés en negociar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos o bien adherir al NAFTA, y la participación de México en el APEC. Nuestros países exhiben importantes coincidencias en materia económica e internacional. La Comisión Binacional establecida en 1993 y que se reunirá este año en Santiago, constituye un instrumento apropiado para avanzar en esa dirección.

El Gobierno hace una evaluación positiva de los acuerdos que hemos suscrito con Colombia y Venezuela, que han servido de precedente al que estamos negociando en la actualidad con Ecuador. Por cierto, estos acuerdos no tienen un efecto automático e inmediato ni pueden pretender anular los efectos de la coyuntura económica adversa a la que se vea enfrentado un país determinado. Sin embargo, en una perspectiva de largo plazo, no pueden caber dudas sobre la utilidad de asegurar el acceso de nuestras empresas a esos mercados y sentar las bases para unas relaciones económicas y políticas más estrechas.

Los vínculos tradicionales que hemos mantenido con Brasil, unidos a su peso económico y político en la región, hacen necesario desarrollar un esfuerzo especial para fortalecer las relaciones mutuas. No podemos perder de vista que se trata de una de las diez mayores economías del planeta y nuestro tercer socio comercial en el mundo. Estamos seguros de que una vez que se complete la recuperación de ese país, que ya en 1993 registró un repunte económico significativo, se volverán a dinamizar nuestras exportaciones hacia ese gran mercado. Previendo ese desarrollo, estamos decididos a buscar nuevas posibilidades de acercamiento con el Brasil tanto en el área económica como en la política. Es necesario encontrar un mecanismo estable y eficiente para la resolución de los problemas económico-comerciales entre los dos países, para potenciar la relación económica bilateral y para continuar nuestra cooperación tradicional en materia regional y global.

La reanudación de las relaciones diplomáticas con México en 1990, fue seguida por un desarrollo notable de los vínculos mutuos. A ello contribuyó el dinamismo que ha mostrado la economía mexicana, la existencia de importantes coincidencias de política exterior entre ambos países y las excelentes relaciones que se forjaron entre sus más altas autoridades. Es importante continuar desarrollando esta relación, considerando nuestro interés en negociar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos o bien adherir al NAFTA, y la participación de México en el APEC. Nuestros países exhiben importantes coincidencias en materia económica e internacional. La Comisión Binacional establecida en 1993 y que se reunirá este año en Santiago, constituye un instrumento apropiado para avanzar en esa dirección.

El Gobierno hace una evaluación positiva de los acuerdos que hemos suscrito con Colombia y Venezuela, que han servido de precedente al que estamos negociando en la actualidad con Ecuador. Por cierto, estos acuerdos no tienen un efecto automático e inmediato ni pueden pretender anular los efectos de la coyuntura económica adversa a la que se vea enfrentado un país determinado. Sin embargo, en una perspectiva de largo plazo, no pueden caber dudas sobre la utilidad de asegurar el acceso de nuestras empresas a esos mercados y sentar las bases para unas relaciones económicas y políticas más estrechas.

El Presidente de la República señaló en su reciente Mensaje, el especial interés que tiene para Chile las relaciones con el MERCOSUR, que incluye a nuestros dos primeros socios comerciales, así como a Paraguay y Uruguay. En consideración a este interés, propondremos en los próximos meses un esquema de asociación a este esquema que, sin significar nuestra incorporación al proyecto de Mercado Común que desarrolla este importante grupo de países, permita avanzar hacia una zona de libre comercio con ellos. Esta fórmula no es en modo alguno ajena a otras experiencias de integración. El propio caso europeo, que tantas veces se cita como paradigmático en este campo, presenta múltiples ejemplos de geometría variable, en que se superponen distintos grados de integración entre los países.

A la larga, es claro que será necesario encontrar un marco regional que permita consolidar los diversos acuerdos parciales que van alcanzando los países. Chile quiere contribuir a la generación de un gran espacio económico que comprenda a toda América Latina. Asimismo, aspiramos a que la ALADI se constituya en el centro neurálgico de la negociación interregional de bienes y servicios y en un auténtico foro latinoamericano de comercio, pagos e inversiones.

El inicio de actividades de cooperación con los países centroamericanos y del Caribe y el prestigio de que goza nuestro país en esa región, abren nuevas posibilidades para promover la presencia chilena en esa área. Los fondos de cooperación comprometidos son forzosamente limitados, pero pueden tener un interesante efecto para la proyección de nuestros intereses políticos y económicos. También hemos tenido una oportunidad de cooperar, con la ayuda de Carabineros de Chile, en el alentador proceso de pacificación que vive El Salvador.

En el plano político, asignamos gran relevancia a la labor que desarrolla el Grupo de Río, como primera experiencia verdaderamente consolidada de cooperación política regional. No se nos escapa el escepticismo con que una parte de la opinión pública recibe los resultados de sus reuniones. Pero debemos recordar que la diplomacia multilateral casi nunca aporta resultados inmediatos. Y, pese a que se trata de un mecanismo de creación muy reciente, el Grupo ya se puede comparar a las experiencias de cooperación política regional más antiguas y consolidadas en el mundo.

La protección internacional de los derechos humanos constituye un principio irrenunciable para cualquier gobierno del continente

americano, frente al cual no se puede invocar el principio de no intervención. Chile mantiene un fuerte compromiso en este terreno, no sólo por su propia experiencia, sino que también por los importantes tratados que ha firmado. Hacia el futuro, estamos dispuestos a fortalecer la cooperación regional para la protección y defensa de los derechos humanos, desafío que está siendo abordado en los foros interamericanos y universales. Debemos aprovechar las coincidencias que tenemos en este ámbito con otros Estados de la región y hacer un avance significativo en la plena aplicación y el perfeccionamiento de los instrumentos e instancias disponibles a nivel regional.

La defensa y promoción de la democracia constituye otra preocupación central de nuestra política latinoamericana. Ella representa una de las piedras angulares del sistema interamericano y actúa como uno de los principios básicos para el funcionamiento del Grupo de Río. El compromiso de Santiago, adoptado por la Organización de Estados Americanos en 1991, proporciona una base útil para seguir avanzando en el terreno. Es claro que la democracia no puede ser exportada y que ella representa un proceso endógeno, en que las fuerzas internas deben asumir la responsabilidad central; sin embargo, la cooperación internacional, cuando se aplica con sabiduría y realismo, puede desempeñar un importante papel coadyuvante. También es cierto que la defensa de la democracia debe armonizarse con la no intervención en los asuntos internos de otros Estados, pero no debemos perder de vista que la relación entre los dos principios no es inmutable y ha tendido a variar en el tiempo. Chile está contribuyendo a la actualización de estos principios y busca establecer un nuevo equilibrio entre ellos, situándose en una posición que interpreta el consenso regional. Dé ahí nuestra preocupación por la situación de Haití. Estamos haciendo nuestra contribución a la causa de la restauración de la democracia en ese país. Seguimos apoyando la plena aplicación de los mecanismos multilaterales que hemos aprobado a nivel de la Organización de Estados Americanos y de las Naciones Unidas.

Durante los últimos años se ha generado un contexto propicio para lograr avances en materia de seguridad regional, que asumen gran relevancia para el logro de nuestros intereses nacionales. De todas las regiones del mundo, quizás América Latina es la que tiene mayores facilidades para avanzar en este terreno. Chile ha dado pasos significativos en esta dirección, entre los que se destacan la aprobación del Compromiso de Mendoza para la proscripción de las armas

de destrucción masiva y nuestra muy reciente incorporación al sistema del Tratado de Tlatelolco para la proscripción de las armas nucleares en América Latina. Los esfuerzos en este campo deben desplegarse de manera prudente, gradual y realista, mediante una política de pasos progresivos, antes que de esquemas demasiado amplios y ambiciosos que a la larga no resultan viables.

Quiero destacar que nuestra política hacia América Latina debe ser plenamente compatible con las restantes prioridades de la política exterior. No somos partidarios de la división del mundo en grandes bloques comerciales, ni creemos que se trata de una tendencia tan clara y unívoca como la presentan algunos expertos y medios de prensa. Tampoco pretendemos contribuir a esa tendencia. Postulamos con fuerza el principio del regionalismo abierto, que concibe los acuerdos regionales como mecanismos para la expansión del comercio y de las inversiones, pero que sostiene la necesidad de que contribuyan y refuercen un comercio mundial cada vez más libre.

Es sabido que nuestro comercio exterior está repartido de manera bastante equilibrada entre América Latina, Norteamérica, la Unión Europea, y Japón y otras naciones del Asia-Pacífico. De ahí que sería irresponsable concentrarnos sólo en América Latina. Nuestra política hacia la región debe ser compatible con el fortalecimiento de los vínculos con los grandes mercados de América del Norte, Europa y el Asia-Pacífico. Debemos mantener nuestro margen de maniobra en una economía mundial cada vez más interconectada y cada vez más relevante para nuestro país. Es muy importante subrayar que no estamos frente a una disyuntiva entre América Latina y los Estados Unidos o Norteamérica, como a veces se presenta. Por el contrario, las opciones de liberalización recíproca con los países latinoamericanos no sólo son compatibles con un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos o, eventualmente, el NAFTA, sino que se refuerzan mutuamente. La misma lógica se aplica respecto de nuestros vínculos fuera del continente americano. La Unión Europea y el Asia-Pacífico constituyen mercados cruciales para nuestras exportaciones y ninguna evaluación sobre el futuro puede prescindir de tan importantes socios. Chile seguirá buscando formas de asociación más estrecha con ellos, aunque los instrumentos disponibles pueden ser distintos a los que se apliquen a América Latina.

Quiero terminar esta reflexión sobre nuestros vínculos con América Latina con una referencia a la necesidad de mejorar nuestro conocimiento sobre la realidad regional y mundial. La Cancillería

tiene a su cargo la conducción de las relaciones exteriores, la representación de Chile en el extranjero. Pero también debe ser una ventana hacia el mundo, función que comparte con la Universidad. Un mundo complejo y a veces turbulento, pero que es cada vez más importante para el país.

A los medios académicos les cabe una responsabilidad muy grande en el fortalecimiento de las capacidades de seguimiento de la realidad regional y mundial. Chile posee una importante tradición en materia de estudios internacionales, que encuentra en el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile uno de sus exponentes más notables. Se abre una excelente oportunidad para profundizar esta tradición y apoyar, desde una perspectiva académica y por consiguiente autónoma, la apertura del país hacia la región y el mundo. Necesitamos aumentar nuestro conocimiento de todas las áreas geográficas y países con los que nos vinculamos más estrechamente, de los procesos regionales en que estamos insertos. Se deben formar nuevos especialistas en temas tan cercanos pero tan desconocidos en nuestro medio como la política, economía y política exterior de muchos de nuestros socios latinoamericanos. No es posible que pequeños países europeos dispongan de más especialistas en temas latinoamericanos que Chile.

También necesitamos de instancias que realicen debates serios, informados y profundos sobre las decisiones internacionales específicas que deberá enfrentar la sociedad chilena en las próximas décadas. Los medios de prensa y universitarios pueden desempeñar un papel igualmente importante en esta área. Pese a que tenemos a nuestro servicio una gran riqueza de datos e información, nuestra visión sobre los temas internacionales parece a veces muy apegada a moldes tradicionales y a interpretaciones domésticas que poco tienen que ver con las realidades del mundo contemporáneo.